

XLIX

Petronio se dirigió á su casa. Nerón y Tigelino se trasladaron al atrio de Poppa, donde les esperaban algunas personas, á las que Tigelino había oído pocos momentos antes.

Allí estaban dos rabinos del Trastevere, un joven escribiente y Quilón. Los rabinos, envueltos en blancas vestiduras y cubierta la cabeza con la mitra, al presentarse Nerón levantaron los brazos y se bajaron luego á besarle la mano.

— ¡Salud, dominador del mundo, protector del pueblo elegido, César, león entre los hombres, grande como el sol, como el cedro del Líbano, como la primavera, como la palma, como el bálsamo de Jericó!

— ¿Me reconocéis como vuestro dios?

Los rabinos palidecieron. El sumo sacerdote se apresuró á contestar:

— ¡Tus palabras, señor, son dulces como la uva, como los higos maduros! ¡Jehová llena tu corazón de bondad infinita! Tu predecesor, César Cayo, era severo: nuestros correligionarios no le reconocieron nunca como su dios, y prefirieron morir antes que contravenir á la ley.

— ¿Y Calígula los arrojaría como pasto á los leones?

— ¡No, oh señor! Porque César Cayo temía la ira de Jehová.

Ese nombre invocado pareció infundirles más valor y miraron con más osadía á Nerón.

— ¿Acusáis á los cristianos de haber incendiado Roma?, preguntó César.

— No les acusamos más que de ser enemigos de la ley, de la humanidad, de Roma y enemigos tuyos. Mucho tiempo ha que amenazan con el fuego á esta ciudad y al mundo entero. Lo demás lo sabrás por este hombre, cuyos labios nunca se han manchado con una mentira, porque por las venas de su madre corría sangre del pueblo elegido.

El emperador se dirigió entonces á Quilón:

— ¿Quién eres tú?

— Uno que te adora, ¡oh Ciro!, y además un pobre estoico.

— Odio á los estoicos, interrumpió Nerón. Odio á Tráseas, á Musonio y á Cornuto. ¡Su filosofía, su desprecio por el arte, su suciedad me irritan!

— ¡Oh, señor! Séneca, tu maestro, tiene mil tablas de cedro; si tú quieres, yo tendré otras tantas y aun más. Soy estoico por necesidad. Rodea, ¡oh sol!, mi estoicismo con una guirnalda de rosas, ponme delante buen vino, y yo cantaré las alabanzas de Anacreonte con tanta fuerza que todos los epicúreos quedarán aturcidos.

Nerón, á quien el calificativo de «sol» halagaba mucho, sonrió y dijo:

— ¡Bravo! ¡Me place!

— ¡Este hombre vale lo que pesa!, exclamó Tigelino.

— ¡Te suplico que añadas á mi peso tu generosidad, de lo contrario hay el peligro de que un soplo de aire se lleve mi recompensa!

— No pesará más que Vitelio.

— ¡Por supuesto, oh divino! Mi argucia no es plomo.

— Veo que tu fe no te impide llamarme dios.

— ¡Oh inmortal!, mi fe eres tú; y porque ultrajan esta fe, odio á los cristianos.

— ¿Qué sabes de ellos?

— ¿Me permites que lllore?

— No; el llanto me fastidia.

— Tienes razón tres veces, porque los ojos que tuvieron la dicha de verte, jamás deben ser profanados por las lágrimas. ¡Señor, protégeme contra mis enemigos!

— ¡Háblanos, pues, de los cristianos!, ordenó Popea impaciente.

— ¡Obedezco, oh Isis!, respondió Quilón. Desde mi primera juventud me dediqué á la filosofía, consagrandome toda mi vida á la investigación de la verdad. La busqué en los sabios de la antigüedad, en la Academia de Atenas, en el templo alejandrino. Oyendo hablar de los cristianos, creí que debían representar una nueva escuela, donde encontraría la semilla de la verdad que yo anhelaba. Por mi desgracia, llegué á conocerlos. El primer cristiano con quien me hizo tropezar mi mala estrella fué un tal Glauco, un médico napolitano. Me manifestó que ellos adoran á un Cristo que, al parecer, ha jurado destruir á todos los hombres, derribar todas las ciudades, prometiendo respetarles á ellos únicamente, siempre que le ayuden á exterminar á los hijos de Deucalión. Por este motivo, ¡oh Augusto!, odian al género humano y atosigan las fuentes; por este motivo en sus reuniones maldicen continuamente á Roma y á los templos de nuestros dioses. Cristo fué crucificado; pero prometió á sus secuaces volver en cuanto ellos incendiasen Roma, dándoles luego el imperio del mundo.

— Ahora el pueblo sabrá á quién atribuir la destrucción de nuestra ciudad, interrumpió Tigelino.

— Muchos ya lo saben, porque yo lo voy propalando por los jardines y en el Campo de Marte. Pero oíd las razones que me mueven á la venganza. Glauco, el médico, no me confesó que su ley estuviese basada en el odio; sino que proclamaba la bondad de Cristo y pretendía convencerme de que la religión cristiana estaba inspirada en el amor. Mi corazón, demasiado tierno, no supo resistir á semejante doctrina y empecé á interesarme por Glauco y á confiar en él. Un pedazo de pan que yo tuviese, una moneda, todo... lo dividía con él. ¿Y sabes, ¡oh divina!, cómo me recompensó? Cuando nos vimos solos en el camino que de Nápoles conduce á Roma, me hundió un cuchillo en el pecho, y vendió á mi mujer, la joven y hermosa Berenice, á un mercader de esclavos. ¡Si Sófocles pudiese oír estos hechos!.. Pero ¿qué digo? ¡Alguien, más grande que Sófocles, me está oyendo en este instante!

— ¡Pobre hombre!, murmuró Popea.

— No es pobre quien vió el rostro de Venus, ¡oh señora!, y yo lo contemplo... Después busqué consuelo en la filosofía. Llegado á Roma, me dediqué á buscar á los jefes de los cristianos para que me hiciesen justicia. Creí que se obligaría á Glauco á devolverme la mujer. Conocí á su sacerdote supremo y también á un tal Pablo, que había sido preso, pero á la sazón estaba en libertad. Poco después conocí al hijo de Zebedeo, á Lino, Cleto y otros. Conozco todos los sitios donde se reúnen, los antiguos y los nuevos. Celebran sus criminales ceremonias en un subterráneo del Vaticano, ó un cementerio, fuera de la Puerta Nomentana. Vi al

apóstol Pedro, vi á Glauco matando niños para que los apóstoles rociaran con su sangre las cabezas de los concurrentes; oí á Licia, la hija adoptiva de Pomponia Grecina, alardear de no llevar sangre de una criatura, pero haber en cambio causado la muerte de otra, porque había embrujado á la pequeña Augusta, vuestra hija, ¡oh Ciro!, ¡oh Isis!

— ¿Oyes, César?, preguntó Pomponia.

— ¿Es posible?, exclamó Nerón.

— Yo estaba dispuesto á perdonar el daño que se me había causado; pero al oír aquellas frases, hubiera querido matarla. Desgraciadamente, me lo impidió Vinicio, que está perdidamente enamorado de ella.

— ¿Vinicio? ¿No se le había escapado?

— Sí; pero hizo todo lo posible por volverla á encontrar, porque la vida sin ella se le hacía insoportable. Por una miserable recompensa le ayudé y le indiqué la casa del Trastevere que ella habitaba con otros cristianos. Nos trasladamos allí, en compañía de Crotón, tu luchador, á quien Vinicio había tomado para nuestra defensa. Pero Ursus, el esclavo de Licia, logró derribarle. Es éste un hombre de una fuerza extraordinaria, capaz de retorcer el cuello á un toro con la misma facilidad con que yo rompo el tallo de una planta. Por esto lo tenían en tanta estima Aulo y Pomponia.

— ¡Por Hércules!, dijo Nerón. Un mortal capaz de derribar á Crotón merecería una estatua en el Foro. Pero estás en un error, anciano, ó mientes, porque sé que Crotón murió á manos de Vinicio.

— ¡Así se engaña á los dioses! Yo, señor, oí con mis propios oídos cómo crujían las costillas de Crotón entre las manos de Ursus. El gigante se precipitó luego sobre Vinicio y lo hubiese matado, sin más dilación, si no hubiese llegado á tiempo Licia para prohibírselo. El joven estuvo después largo tiempo enfermo, y fué asistido pacientemente con la esperanza de que el amor le moviese á convertirse al cristianismo. Y esto sucedió, efectivamente, y Vinicio es ahora cristiano.

— ¿Vinicio?

— ¡Sí!

— ¿Y quizá Petronio?, preguntó Tigelino con ansiedad.

Quilón se frotó las manos y respondió:

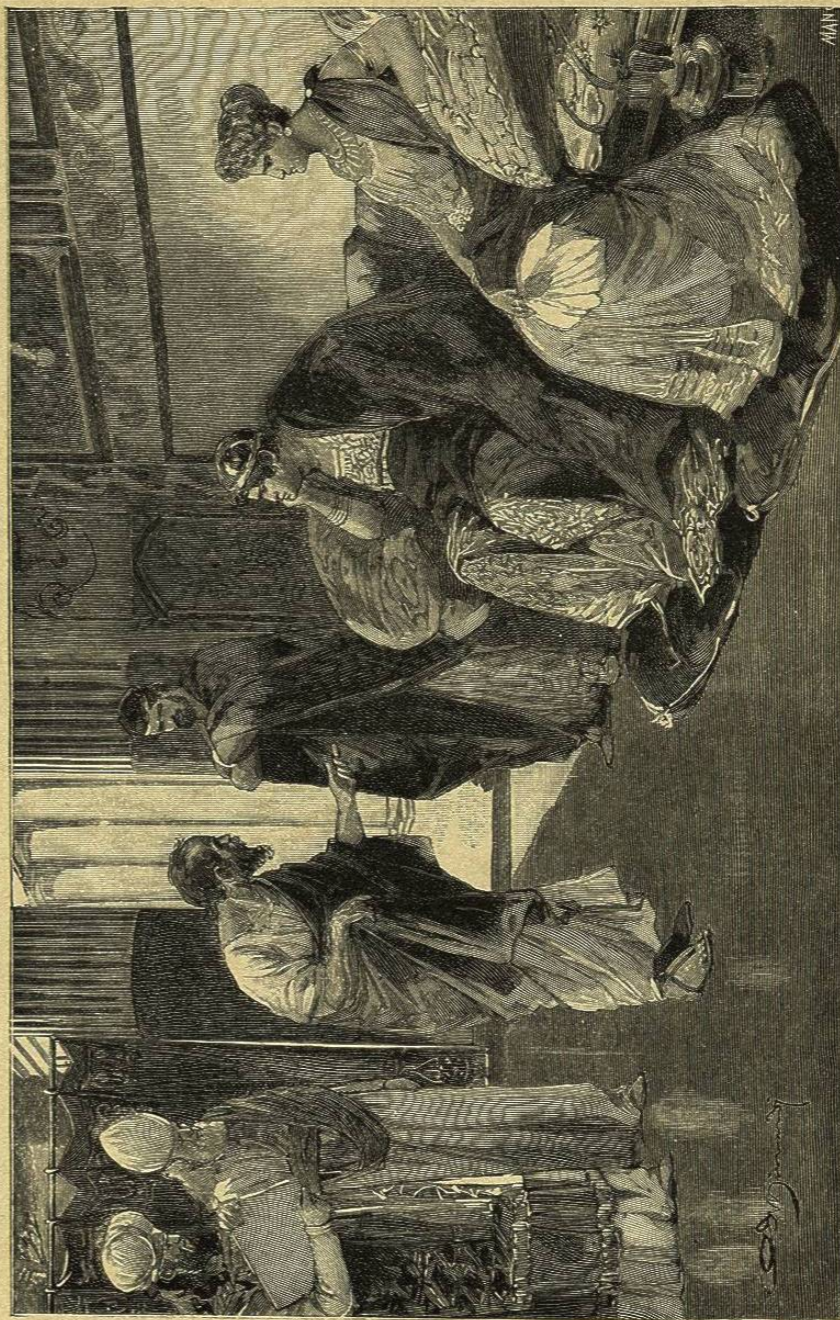
— Admiro tu perspicacia. Quizás esté ya convertido... Es muy fácil que también él se haya hecho cristiano.

— Ahora comprendo por qué se acaloró tanto al defenderlos.

Nerón se rió.

— ¡Petronio cristiano! ¡Petronio enemigo de los placeres de la vida! Pero no digáis estupideces, y no tratéis de convencerme, porque sería completamente inútil.

— El noble Vinicio se hizo cristiano, señor; esto lo sé y esto lo juro por la luz que tú irradias, y nada detesto tanto como la mentira. Pomponia Grecina también es cristiana, y lo son el pequeño Aulo, Licia y Vinicio. Yo serví fielmente al tribuno y él me hizo apalea por orden de Glauco...; ¡apalea á este pobre viejo, medio muerto de hambre! Juré vengarme. ¡Oh, señor, véngame tú, y pondré en tus manos á Pedro el apóstol, á Lino, Cleto, Glauco, Crispo, que son los jefes, y también á Licia y Ursus! A cientos, á miles os los denunciaré; os revelaré sus escondrijos, sus cementerios: todas vuestras cárceles no bastarán para contenerlos. Sin mí no los encontraríais. Hasta ahora busqué consuelo á mis desventuras en la filosofía; pero ahora quiero encontrarlo en todos los favores que se me concederán. Soy viejo y no he conocido aún la vida. ¡Haz que yo empiece á gozar de ella!



Conozco todos los sitios donde se reúnen, los antiguos y los nuevos

- Entonces quieres ser estoico teniendo delante una taza llena.
- El que te sirve, la llena fácilmente.
- ¡No te engañas, mi notable filósofo!

Popea, en tanto, tampoco olvidaba á sus enemigos. El afecto que le había inspirado Vinicio no fué más que un capricho pasajero, al cual el orgullo ofendido y los celos habían dado apariencias de pasión. Los desdenes del joven no habían podido menos de herirla profundamente. Se sentía humillada ante él. El solo hecho de posponerla á otra, le parecía un delito que clamaba inexorable venganza. Desde el primer momento sintió por Licia un odio invencible, temiendo que aquella suave belleza nórdica llegase á resultarle peligrosa. Petronio podía reprimir todo deseo de Nerón, burlándose de la extremada delgadez de caderas de la muchacha; pero Popea con una sola mirada comprendió que Licia era la única en toda Roma que podía competir con ella en belleza, si no superarla. Y decidió inmediatamente la perdición de Licia.

- ¡Señor, exclamó, venga á nuestra hijita!
- ¡Daos prisa, añadió Quilón, daos prisa! De lo contrario Vinicio la ocultará en sitio seguro. Yo os indicaré su morada.
- Te daré diez hombres. ¡Ve pronto!, dijo Tigelino.
- ¡Oh, señor, tú no has visto, como he visto yo, á Crotón en brazos de Ursus. Si quieres darme, á lo menos, cincuenta, les enseñaré la casa desde lejos. Pero si no prendéis también á Vinicio, soy hombre muerto.

Tigelino miró á Nerón.

- ¿No sería oportuno acabar de una vez con tío y sobrino?

Nerón se mostró indeciso un momento. Luego contestó:

- ¡No, ahora no! Nadie nos creería, si quisiéramos acusar á Petronio, á Vinicio ó á Pomponia de incendiarios. Sus casas eran demasiado preciosas. Más tarde les llegará el turno. Ahora tenemos otras víctimas.

- Entonces dame soldados para mi custodia, señor, dijo Quilón.

- Que te provea de ellos Tigelino, ordenó César.

- Mientras tanto habitarás en mi casa, dijo el prefecto á Quilón.

El griego estaba radiante de alegría.

- ¡Todos, todos caerán en vuestro poder; pero daos prisa!, gritó con voz ronca de emoción.

L

Quando Petronio hubo dejado al emperador, se encaminó hacia su casa de las Carinas, la cual, circundada de un jardín, ante el cual se elevaba el pequeño Foro Ceriliano, afortunadamente había escapado á la voracidad de las llamas. Por este motivo le envidiaban los demás cortesanos que habían tenido que sufrir la pérdida de sus casas, de sus riquezas y de muchas obras maestras del arte. Hacía muchos años que se le consideraba como hijo primogénito de la Fortuna, y la amistad siempre creciente de que le daba pruebas su emperador parecía confirmar la verdad de tal aserto.

Pero había llegado el momento en que el primogénito de la Fortuna debía empezar á dudar de la constancia de su madre, ó compararla á Saturno, que devora á sus propios hijos.

«Si mi casa se hubiese incendiado, decía entre sí, y con ella todos mis objetos preciosos, mis vasos etruscos, mis cristales alejandrinos y mis bronceos corintios, quizás Nerón hubiera olvidado la ofensa. ¡Por Pólux! ¡Y pensar que todo dependía de mí, si hubiese querido ser prefecto de los pretorianos! Bastaba acusar á Tigelino como incendiario (y él no hubiese podido probar mi error), revestirlo con la *túnica fúnebre*, abandonarlo á la venganza del populacho, proteger á los cristianos y reconstruir Roma. ¿Quién sabe si no hubiera empezado con esto una era mejor para la gente honrada? ¡Debí asumir aquel cargo, aunque no hubiese sido más que por amor á Vinicio! En el caso de que hubiese resultado excesivo trabajo para mis fuerzas, hubiera podido confiarme en él como eficaz auxiliar y Nerón no hubiera puesto reparo alguno. Vinicio hubiera podido bautizar á todos los pretorianos y hasta al mismo César... Nerón pío, virtuoso, misericordioso... ¡qué espectáculo tan divertido!»

Y entregado indolentemente á las divertidas hipótesis de su imaginación, se puso á reír con toda su alma. Pero después de algunos instantes sus pensamientos cambiaron de rumbo. Le parecía estar en Anzio y oír la voz de Pablo de Tarso, que le decía:

«Vosotros nos llamáis enemigos de la vida; pero respóndeme, Petronio: si César fuese cristiano y obrase según los preceptos de nuestra religión, ¿la vida no sería más segura?»

El recuerdo de estas palabras movió á Petronio á continuar su monólogo:

«¡Por Cástor! Cuantos más cristianos mueran ahora, otros tantos logrará convertir Pablo, porque proclama la justa doctrina ante la humanidad, á menos que ésta se obstine en la corrupción. Pero ¿quién sabe cómo marcharán las cosas? Yo que he aprendido mucho en este mundo, no aprendí, sin embargo, á ser tan bribón y tan hipócrita como exigen los tiempos, y por esto me he de resignar á abrirme las venas. De todos modos, éste ú otro parecido debía ser mi fin... Lo siento por Eunica y por mi famosa copa; pero Eunica será libre y el vaso me lo llevaré